

proceden de Martín Lutero, quieren sugerir el dramatismo de la fe y su misterio. Otros testigos invocados aquí por el autor son San Juan de la Cruz (la «noche oscura») y Soren Kierkegaard (el escándalo de creer). La concisa exposición manifiesta en su conjunto un cierto tono existencial, que se complementa más tarde con los aspectos directamente cognoscitivos del *actus fidei*.

El autor razona en el capítulo segundo (*la parola del Mistero*) su concepción de la *Simbólica Eclesial*, como una teología basada en el Símbolo de la fe, y entendida como un sistema abierto, que usa discriminadamente la filosofía como lenguaje humano para expresar el misterio inexpresable.

Los tres capítulos siguientes (*Il Mistero proclamato; Il Mistero celebrato; Il Mistero vissuto*) se inspira, como hemos indicado más arriba, en la estructura del Catecismo de la Iglesia Católica, que coincidiría de algún modo con la visión *simbólica* del autor. Se ofrece en estas páginas (98-228), que forman el cuerpo de la obra, un resumen de la dogmática, la liturgia sacramental, y la moral cristianas. Son capítulos que no llaman especialmente la atención, y pueden dar al lector la sensación de repasar elementos muy conocidos de la doctrina cristiana.

Resulta interesante, sin embargo, comprobar en ellos el alto grado de compromiso que el autor ha querido adquirir con una concepción tradicional de las doctrinas, ritos y comportamientos cristianos.

El estilo es atractivo y brillante. El libro se lee más como un texto libre que como una obra de teología. Pero no es un ensayo teológico, porque el autor se ciñe escrupulosamente a los contenidos que dictan los temas, aunque a veces los ordene de modo personal.

El índice analítico (pp. 237-249) será de gran utilidad al lector. Proporciona una idea cabal de la unidad de los ocho volúmenes de la *Simbólica Eclesial*, y de las líneas temáticas que la recorren.

J. MORALES

José Luis ILLANES, *Historia y sentido. Estudios de teología de la historia*, Rialp, Madrid 1997, 250 pp., 13 x 25, ISBN 84-321-3162-8.

El Prof. Illanes reúne en este libro diversos escritos publicados con anterioridad sobre la teología de la historia. Estos escritos abarcan una larga trayectoria de pensamiento que discurre desde 1959, año en que se publicó «Reflexiones sobre la edad moderna» (*Arco*, Colombia, 1, 1959, 1-13), hasta 1993, fecha en que se publicó «Interpretaciones y figuras de la historia» (*Analecta Cracovinsia*, 15, 1993, 155-168). Pero el origen dispar y en ocasiones cir-

cunstantial de estos escritos no oscurece en ningún momento la unidad bien trabada del libro. Se trata ciertamente de una unidad profunda, que proporciona una idea largamente reflexionada que se articula a través de diversos temas para lograr una mayor riqueza sin dispersión y sin la tediosa uniformidad de unas pocas referencias.

Ciertamente la importancia del tema es decisiva. La historia se presenta a nuestros ojos contemporáneos como la realidad misma. El cosmos, la maravillosa unidad de orden, movimiento y vida que despertaba la admiración de los primeros filósofos griegos, se convierte para los hombres del siglo XX en la perplejidad con que vemos discurrir el tiempo histórico, el sucederse y, por tanto, el desaparecer de personas, sentidos y esperanzas. La historia es, pues, la realidad más íntima y viva de nuestra existencia; la historia es la clave del sentido de la vida humana. Pensar la historia es pensar al hombre. Por eso mismo pensar la historia está expuesto al riesgo del fracaso justamente en lo mismo que cree haber alcanzado. La historia, como la antropología, debe defender como seña de identidad irrenunciable su apertura. La dignidad del ser humano exige no encerrarle, ni confinar el pensamiento sobre él, en el ámbito de las cosas finitas, en el mismo tiempo intrahistórico, sino esforzarse por mantener su relación directa con el Absoluto, con la transcendencia divina. Cada paso, cada conquista, cada sentido logrado sobre la historia corre el riesgo de anularse y, aún más, volverse falso, incluso irracional e inhumano, si no sabe abrirse a la consideración de lo distinto y del todo del hombre y de la realidad humana, que nunca pueden estar empíricamente dadas. Este libro contiene una abundante ejemplificación de ideas verdaderas que se quedan cortas y en su cortedad fracasan en la misma medida en que pretendían ser definitivas.

Si hay a lo largo de estas 349 páginas una idea de fondo es precisamente esa inmediata advertencia de la necesidad de apertura del hombre y de la historia que se enfrenta una y otra vez a los reduccionismos de diferente cariz. Se trata de un enfrentamiento argumentado desde dos perspectivas complementarias. Por una parte el análisis, exquisitamente desarrollado, de los descubrimientos intelectuales y de sus intrínsecas limitaciones y, por otro lado, el esfuerzo constantemente renovado de mirar más arriba, de traer delante de los ojos de la reflexión lo que está más allá, lo que desborda y fundamenta y garantiza cada nuevo alumbramiento de una idea.

No en vano el primer capítulo afronta con decisión el problema de fondo de la historia. No sólo es el primero en orden temporal. Está en primer lugar porque aquí radica el fundamento comprensivo de toda la reflexión que sigue. Esto justifica además una breve descripción de sus cuatro apartados. En el primero aparece el marco histórico y teórico de la tarea de la teología de la

historia, la problemática concreta con la que la reflexión cristiana sobre la historia se encuentra a nuestra altura vital. En él se formula el objetivo de todo el libro: «una reflexión en profundidad sobre la concepción bíblica del tiempo y del mundo, así como una reconsideración crítica de la problemática agustiniana y sus implicaciones» (p. 42).

En el segundo capítulo se formula la tesis clave de estas páginas: la afirmación del sentido de la historia. En el tercero, que considero el más decisivo por cuanto en él se desvela cómo la teología es garantía de humanidad, se examina la centralidad de Cristo siguiendo las enseñanzas de Juan Pablo II. El autor va desglosando progresivamente las diversas dimensiones o aspectos de dicha centralidad: Cristo es la revelación del sentido de la historia, el modelo y tipo del caminar humano, redentor del hombre, Señor, meta y consumidor de la historia. De este modo se presenta al espíritu del lector la insondable profundidad de la visión cristiana de la historia, que tiene tantas consecuencias intelectuales, existenciales y éticas, de las que además depende el progreso de la misma historia en todas sus dimensiones. El cuarto apartado se ocupa brevemente de la virtud por antonomasia del ser que está en camino, la esperanza. Con ella la historia queda anclada en la misma estructura operativa humana, capaz de lo mejor y de abrirse libremente al regalo infinito de Dios. De este modo se advierte cómo la historia y la antropología se articulan con la ontología.

La segunda parte está destinada a establecer con precisión el lugar y la comprensión de nuestro propio momento histórico. El análisis y la crítica de los desarrollos intelectuales que han conducido a nuestro presente tienen como objeto liberar de prejuicios ideológicos la autocomprensión de nuestra situación cultural y moral, así como abrir el horizonte vital a la tarea inaplazable para cada generación de hombres de construir un mundo mejor, en el que la justicia, la libertad y la paz permitan la mejor expresión de la humanidad del hombre.

La tercera parte se titula «En el interior de la historia». Se orienta a la determinación del modo en que esa tarea ha de ser llevada a cabo. A mi entender en este punto se encuentra la propuesta más original y decisiva del autor. El primer capítulo está dedicado a la secularidad. En él se afirma que el progreso de la historia, radicado en la contingencia y en la finitud de toda acción humana intrahistórica, es una tarea secular que es responsabilidad directa del laico. Desde aquí se entiende perfectamente la distinción entre el mundo como ámbito y el mundo como tarea. El análisis de los significados del mundo en los sermones de J.H. Newman sirve como hilo conductor para determinar los límites y el verdadero valor de las consideraciones ascéticas que contraponen cristianismo y mundo. Más allá de ellas hay que sostener que el hombre es el señor de la historia y que en ese entrecruzarse de bien y mal que son nuestros días se

abre la apasionante perspectiva de la realización del bien, de ese bien con minúscula que a cada uno es encomendado con la existencia.

La cuarta parte está dedicada al análisis de dos intentos fallidos de determinar la plenitud a la que la historia y el hombre están llamados: el de J. Maritain y el de la teología de la liberación. Ambos cometen el error de absolutizar, aunque sea de forma bien distinta, el fin de la historia, convirtiendo su sentido en una mera realidad intrahistórica.

Así pues, este es un libro que por la importancia de su tema, por la hondura de sus análisis, por el equilibrio exquisito con que el autor busca la verdad y por la apertura de su pensamiento a la totalidad de las dimensiones de lo real, merece la pena ser estudiado con detenimiento.

E. MOROS

Paul O'CALLAGHAN, *Fides Christi. The Justification Debate*. With a Foreword by Günther Gassmann, Fourt Courts Press, Dublin 1997, 285 pp., 16 x 24, ISBN 1-815182-316-6.

Estudio profundo y contrastado de la situación en que se encuentra el debate sobre la naturaleza y dimensiones de la justificación, especialmente en el diálogo entre luteranos y católicos. Ya en el prólogo, el A. muestra clara y sinceramente la dificultad de una cuestión, que ha sido lugar de tantos desencuentros durante siglos, y las esperanzadoras perspectivas que abre un estudio teológico más profundo y global como el que se ha desarrollado a lo largo de estas últimas décadas entre los más diversos teólogos cristianos.

O'Callaghan, que vive inmerso en este ambiente de esfuerzos, de ilusión por la unidad y de amplia visión teológica, se ha propuesto estos dos objetivos: presentar, en primer lugar, una serie de episodios significativos en la historia del debate de la justificación (la enseñanza de Lutero, la de algunos de sus seguidores, la del Concilio de Trento, el consenso de las declaraciones ecuménicas sobre la justificación que se va alcanzando en estos treinta años); en segundo lugar, aprovechando la riqueza de los importantes avances realizados a lo largo de este siglo en el terreno exegético, hermenéutico, histórico y teológico, ver hasta qué punto el reciente consenso sobre el tema de la justificación entre Luteranos y Católicos puede llegar a ser profundo y duradero.

El libro tiene dos partes, estrechamente relacionadas. En la primera (pp. 19-148), de cuatro capítulos, se describen los principales hitos en el debate sobre la justificación desde Lutero hasta nuestros días; en la segunda (pp. 149-